

EDITORIAL

La emergencia de nuevas tendencias para la profesionalización reclama resignificar tanto la forma como históricamente se ha concebido el carácter de la formación universitaria, así como muchos de los modelos hasta hoy vigentes. La Universidad y la formación inicial docente enfrentan nuevos escenarios.

Algunos de los trabajos del presente en este número se centran en esta discusión.

El artículo de José Luis Menéndez Varela, invita a mirar desde una perspectiva crítica la escena en que hasta hoy se ha movido la institución universitaria. Nuevos paradigmas y altas resistencias obligan a analizar qué es lo que la institución superior, si quiere seguir siéndolo, puede aprender de este opositorismo. Entre otros, esto significa considerar cuáles son los ejes de los nuevos escenarios propuestos para el aprendizaje, si queremos seguir considerando que la importancia del aprendizaje justifica el lugar que históricamente ha ocupado la formación universitaria.

En su trabajo, el autor analiza las repercusiones de la noción de competencia en la estructura organizativa de la universidad, como si a partir de ellas pudiera irse haciendo una *crónica del descrédito*. La noción de aprendizaje continuo, de aprendizaje a lo largo de la vida, nos obliga a pensar que las aulas no constituyen el único espacio consagrado al desarrollo del saber. En otras palabras, hoy asistimos a nuevos referentes para el aprendizaje que abren a nuevas oportunidades de convertirse en aprendices. Al parecer, la pregunta que debiéramos hacernos las instituciones es cómo propiciar la madurez cognitiva y epistemológica, lo que para el autor implica abrirse, entre otros, a nuevos espacios de interacción.

En este sentido, el trabajo de Oscar Lennon del Villar analiza la naturaleza interaccional de los procesos educativos, al abordar los análisis desarrollados por Erving Goffman en una sociología dedicada al estudio de la interacción. Para el autor, no pocos aspectos de las situaciones escolares suelen pasar inadvertidos o considerados irrelevantes. Tal es el caso de la dualidad de los sistemas interaccionales del aula, de las negociaciones y conflictos en torno a la definición de situaciones, entre otros. De esta forma, las implicaciones educativas de los análisis de Goffman muestran que tras estos aspectos subyace un entramado complejo y multifacético de elementos y mecanismos diversos. Se abren, en la propuesta del autor, nuevos caminos desde los cuales describir lo pedagógico como construcción compartida o interaccional de conocimientos, a través de

aspectos relevantes para la didáctica, como elemento fundamental de la acción profesional docente.

Algo similar acontece con el papel de la evaluación de la función docente, de acuerdo al profesor Pedro Alejandro Suárez Ruiz, en su trabajo *Función docente: una perspectiva integrada de profesionalización*. La profesión atraviesa por una serie de cambios, que obligan a repensar esta profesión, sus dimensiones en el sistema educativo, así como los sistemas de desarrollo profesional y de evaluación del desempeño, que no se definen por sí mismos. Se trata de redimensionar el valor del docente en la forma como ejerce la docencia, enriquecida desde una profesionalización, que se funda en la investigación y la reflexión permanente. Así, una función tan tradicional como la evaluación de la docencia requiere ser repensada, lo que, de acuerdo al autor, a delimitar mejor el sujeto evaluado; lo que debiera conducirnos a intentar delimitar cómo estamos entendiendo tanto los procesos de formación profesional, como el ejercicio de la formación universitaria. Esto resulta especialmente importante si se considera que sólo se la ha concebido desde la perspectiva del cumplimiento de requisitos: el desarrollo de un programa y los niveles de satisfacción del estudiante. La preocupación por su función esencial, esto es, como una acción intencionada, reflexiva y por ende, profesional, no ha sido considerada. Para este autor, hacer un análisis crítico de la misma, involucra develar sus concepciones, regulaciones y los campos en los que ella se aplica, como una forma de comprender, desde ella, a la pedagogía como profesión orientada a la permanente mejora. El artículo responde a la necesidad de formular una propuesta que permita redimensionar el valor del docente en la docencia, como su función esencial, enriquecida bajo una perspectiva de profesionalización, con fundamento en la investigación y la capacitación.

De esta forma, preguntarnos por lo que hace la formación, por los cambios que ella logra articular al renovar las formas de relaciones, parece una demanda cada vez más fuerte para las instituciones de formación.

Desde el espacio universitario, el que explora Dora Rada Cadenas en su artículo *El valor de la formación en aspirantes a la carrera formación docente, en la UPEL-IMP-CAC*, involucra develar el valor que los estudiantes dan a la formación que reciben. De acuerdo a la autora, la escuela y la familia no pueden seguir concibiéndose como islas, sino que deben ser capaces de reconocer sus múltiples influencias. En este sentido, el trabajo concluye que siendo los valores principios y normas adquiridas en la familia, rigen el comportamiento personal y pueden modificarse en sociedad. Como señala la profesora Rada, se valora la vida, la familia, el amor, el respeto, el trabajo y la superación personal; valoraciones que coexisten con las de lo económico, el status, lo material, el poder, la



responsabilidad y el respeto, construidas desde lo social. Lo preocupante es que la formación no se revele como valor.

El trabajo *Calidad de los aprendizajes en Educación Cívica de los estudiantes de NM 1 del Colegio San Sebastián. Año 2007*, de Fabián Castro del Valle, coincide con esta necesidad de cuestionar la forma como desarrollamos las interacciones, los esquemas evaluativos y la forma como construimos los espacios formativos. En su análisis, el artículo describe la alta incidencia en el logro de aprendizajes de calidad, a través de estrategias cognitivas centradas en el propio pensamiento de los estudiantes. Ello involucra reconocer los distintos ritmos y estilos de aprendizaje de cada grupo humano, sus características, sus experiencias y conocimientos previos. De esta forma, al reorientar el sentido que el profesor da al aprendizaje puede resignificar las formas de trabajo pedagógico. Esto permite hacer distancia del activismo pedagógico que la mayor parte del tiempo está de las aulas escolares.

Ana María Soto Bustamante
Profesora de Filosofía
Docente del Departamento de Formación Pedagógica
Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE)
Directora de la Revista Electrónica Diálogos Educativos